

Raquel Rivas Rojas

Cuentos

Raquel Rivas Rojas es PhD en Estudios Culturales Latinoamericanos,
King's College, University of London.

Ha publicado *Sujetos, actos y textos de una identidad* (Fundación Celarg, 1997), *Bulla y buchiplumeo. Masificación cultural y recepción letrada en la Venezuela gomecista* (La Nave Va, 2002) y *Narrar en dictadura* (El Perro y la Rana, 2011). Su libro de cuentos *El patio del vecino* saldrá a finales de 2012 (Equinoccio). Vive actualmente en Edimburgo y mantiene dos blogs: <<http://notasparaeliza.blogspot.com>> y <<http://cuentosdelacalderaeste.blogspot.com>>. Correo electrónico: raquelirivas@gmail.com

La lección imposible

—¿Cómo se dice?— la mujer tenía una palabra en la punta de la lengua, pero no podía encontrarla.

Yo había visto esta escena varias veces en las mesas dispersas del café de la Biblioteca Nacional de Escocia. Sobre todo en las que están a los lados de la escalera que sube a la sala de lectura, hay siempre un par de horas en la tarde en las que algún nativo le da clases de inglés a algún extranjero ansioso y tímido. Una vez escuché a una mujer más bien madura corregir a un joven, tal vez polaco, que parecía estar estudiando una lección específica para un examen. Otra vez vi a un alemán bastante mayor, calculé que tendría unos setenta años, construyendo con dificultad una frase larga y densa, mientras una joven que no pasaba de veinticinco lo miraba impaciente.

Hubo un japonés que se pasaba las manos por el pelo, en un gesto de contenida desesperación, mientras repetía con cadencia musical los distintos tiempos de un verbo rebelde. También escuché un intercambio entre una señora que quería aprender ruso y una joven que estaba perfeccionando su inglés. La joven hablaba de una manera bastante fluida y hacía preguntas más bien tímidas sobre el uso correcto de algunas preposiciones. Estaba claro que en realidad no necesitaba muchas lecciones. Cuando le tocó el turno a la señora de practicar las pocas frases que había aprendido en ruso, los papeles se cambiaron bruscamente. La señora se sonrojaba y dudaba mientras la joven corregía y sonreía. Me pareció que en ese intercambio había una especie de justicia poética.

Me gusta escuchar esas clases de idiomas cuando almuerzo en la biblioteca. Es mi pausa, mi hora de descanso entre una y otra lectura de pesados ensayos sobre literatura y exilio o sobre la construcción de identidades diaspóricas. Y es la mejor ilustración de los temas en los que intento trabajar. Cuando veo esos inseguros emigrados, trasplantados o exiliados balbucear frases incorrectas en un idioma del que no han podido todavía apropiarse entiendo el drama del extrañamiento mejor que si leyera veinte libros. Por eso ese día, cuando escuché la pregunta de aquella mujer —¿cómo se dice?— no pude evitar voltear a mirar a la dueña de esa voz que me pareció tan familiar.

Tenía la piel oscura y los ojos grandes, los labios gruesos y la barbilla roma. No usaba maquillaje salvo tal vez una pintura de boca mate. Sus ojos brillaban como si estuviera a punto de comunicar o de recibir una revelación. Hubo un silencio que el hombre que la acompañaba no trató de llenar. Solo se oían los murmullos de la mujer que seguía empeñada en encontrar una palabra que no le venía a la mente ni en su idioma materno ni en el inglés testarudo que estaba tratando de aprender. El silencio pareció extenderse por los pasillos, por cada

una de las mesas del café, pareció querer subir las escaleras y entrar a la sala de lectura donde docenas de estudiantes hacían como que trabajaban en un tema crucial, como que resolvían para siempre un drama eterno.

En ese par de minutos en que el silencio se hizo grande y denso yo me quedé suspendida en una idea que me había estado rondando desde que acepté escribir un artículo sobre la literatura del destierro. Había leído que el exilio es cuando no puedes regresar. Y también había leído que en realidad todo viaje que nos aleja de nuestro lugar de origen es un viaje hacia el exilio, porque nunca podemos volver exactamente al lugar del que salimos. Porque aunque volvamos ese lugar es siempre otro. No podemos volver y por eso somos todos exiliados sin remedio. Todas esas ideas que eran en realidad una misma idea fluyendo como un río que nunca es el mismo me hicieron dejar de masticar, de tragar, para poder escuchar aquella palabra que llegaría en algún momento a la memoria de la mujer que preguntaba ¿cómo se dice?

Pero la palabra no llegaba y mientras esperaba me acordé de aquella vez que yo también intenté hacer una especie de intercambio de idiomas con una mujer, tal vez mayor que yo, que terminó huyendo despavorida porque no cumplí con las reglas sagradas de ese tipo de intercambio. Habíamos quedado en vernos en el cafetín que tenía una terraza que daba al río. La terraza estaba casi siempre cerrada, porque el frío londinense no permite estar al aire libre por más de tres o cuatro semanas al año. Así que nos encontramos en una de las mesas de adentro que los estudiantes compartían sin demasiadas ceremonias y estaban llenas de papeles y vasos de plástico usados. Nos reconocimos por no sé qué indicaciones que nos habíamos dado por correo electrónico para fijar el día y la hora de la cita.

Ella me dio la mano y preguntó inmediatamente, con ese sentido práctico típico de los británicos, con qué idioma comenzaría nuestro intercambio. Le dije que podíamos empezar hablando español y ella aceptó sin reservas. Mientras pedíamos café y buscábamos una mesa donde sentarnos le pregunté por qué estaba aprendiendo español y cuánto tiempo llevaba intentándolo. Me contó una larguísima historia, llena de complicadas frases en las que el género y el número no concordaban nunca, y yo escuché con atención sin interrumpir para corregir ninguno de sus incontables errores. De vez en cuando le hacía una pregunta breve para que aclarara algún punto y se diera cuenta de que yo seguía su historia con un interés profesional. De pronto, casi en medio de una frase, miró el reloj y me dijo, en inglés, que su tiempo se había terminado y que era mi turno.

Me quedé callada. El cambio me pareció demasiado brusco. En esa época yo estudiaba en un departamento de español en donde todo el mundo quería practicar el idioma que estaba aprendiendo y casi nadie hablaba conmigo en inglés.

De todos modos, cuando alguien lo intentaba cambiaba rápidamente al español al verme tartamudear y hacer un esfuerzo inmenso para encontrar una palabra que nunca llegaba y que dejaba mis frases incompletas para siempre. Pasar de un idioma al otro me parecía una proeza de la inteligencia y de la imaginación. Era también una forma de despojo, como quitarse un abrigo para ponerse otro. Y en el medio de esos dos abrigos había un frío que me resultaba casi imposible transitar.

Por eso me había quedado callada y me hubiera gustado preguntar, como la mujer que tenía ahora enfrente en la Biblioteca Nacional, ¿cómo se dice? Porque no sabía qué decir. Y aquella mujer, que acababa de sonar tan amable, tan dulce mientras me contaba la complicada historia de sus idas y venidas con una cultura extraña en la que solo se sumergía los veranos que pasaba en Mallorca o en las islas Canarias, se convirtió en una especie de institutriz alemana al tercero de mis intentos por decir algo coherente. Miró el reloj y completó la frase que yo había iniciado con una impaciencia desproporcionada. Entonces yo sentí la urgente necesidad de ejercer una pequeña venganza.

Hoy no tengo ganas de hablar inglés, le dije en español, con un tono definitivo. Ella se quedó paralizada. La indignación le subía por la piel desde el centro del estómago y se iba poniendo cada vez más roja. Respiró hondo un par de veces. Me recordó el contrato de palabra al que habíamos llegado cuando intercambiábamos mensajes. Nos encontraríamos una hora a la semana. Ella practicaría su español por media hora y yo mi inglés por el mismo tiempo. No había dinero de por medio, solo ese trueque cultural en el que un saber se paga con otro.

Creo que pasaron días o tal vez semanas antes de que me diera cuenta de que el pacto era más bien sagrado. De ningún modo resultaba aceptable que yo decidiera a mitad de camino que no iba a respetar mi parte del acuerdo. Porque era el equivalente a hacer un favor sin esperar nada a cambio. Y eso era, simplemente, insopportable. Pero en ese momento no me pareció algo del otro mundo. No me había costado nada dedicarle media hora a una completa extraña que quería practicar mi lengua materna. Y pensaba que no le hacía daño a nadie negándome a hablar, de pronto y sin motivación alguna, un idioma con el que no me sentía todavía cómoda.

No me acuerdo cómo nos despedimos ni qué me dijo la mujer antes de dar media vuelta y desaparecer para siempre. Pero la sensación de intenso malentendido me acompañó durante los tres años que faltaban para que terminara mis estudios en Londres. Esa idea de que lo que en una cultura puede ser considerado un don desinteresado en otra puede ser visto como un insulto imperdonable se me vino a la mente otra vez mientras esperaba que la mujer de ojos brillantes dijera por fin lo que tenía que decir.

No puedo, dijo. Es que no sé cómo se dice, repitió. El hombre que tenía enfrente había respondido con profunda paciencia durante todo el tiempo que estuve mirándolos. Pero el silencio que había hecho, el modo quieto y reservado con el que había esperado por largos minutos que aquella mujer encontrara la palabra que se le había perdido, en lugar de dar lugar a un hallazgo feliz se había vuelto un muro infranqueable. El silencio le había quitado el impulso a la conversación y se había tragado toda la espontaneidad que a la mujer le podía quedar. Atascada en ese silencio que tal vez era, para el hombre, una señal de paciencia y tolerancia, la mujer se había hundido en una vergüenza cada vez más espesa y ahora no podía hacer nada más que escapar.

Se levantó de la mesa trastabillando un poco. No puedo, no sé, iba murmurando cuando se alejó por el pasillo hacia la sala en la que se guardan los abrigos y los bolsos en pequeños escaparates individuales. El hombre se quedó callado. No hizo ningún gesto. No la llamó ni la siguió para decirle que se tranquilizara, que no pasaba nada, que ya se acordaría, que cambiaran de tema, que no era grave, que seguramente se trataba de un lapsus temporal, que ya encontrarían el modo, que para eso estaban los diccionarios y las enciclopedias y hasta Internet. Nada de eso. El hombre se quedó sentado sin hacer ni el más mínimo gesto. Tuve incluso la impresión de que sonreía de manera disimulada.

Entonces me levanté y recogí con estudiada lentitud mi taza, mi plato y mi tetera. Puse todo encima de la bandeja y, llevándola como quien carga su dignidad por delante, di tres pasos y me paré frente al hombre que seguía mudo.

—*Shame on you!* —le dije sin alzar la voz.

Mayo, 2011

Ficciones de fuga

—¿A dónde se dirige? —pregunta el guardia, con mi pasaporte en una mano y en la otra el lomo amenazante de un arma automática.

—A Escocia —le digo lentamente.

—¿Cuál es el propósito de su viaje? —pregunta el guardia.

—Estoy regresando a mi casa —le respondo.

—¿Dónde vive? —me pregunta, luego de una pausa de asombro más bien falso.

—En Edimburgo —le digo despacio.

Está incómodo porque lo miro directamente a los ojos y su uniforme y su tono no parecen intimidarme. Espero sin bajar la vista su próxima pregunta.

—¿A qué se dedica? —pregunta al fin.

–¿Perdón? –le digo, tratando de sonar despreocupada.

Me mira fijo un segundo, como si hubiera sospechado un tono de burla en mi respuesta.

–¿En qué trabaja?

–Soy escritora –le digo.

Siempre me ha parecido una forma de provocación decir que escribo. No sé por qué. Pero es tal vez porque en un país como el mío cualquier cosa que se salga de lo previsto es una afrenta. Aquí, ser escritor es una forma de no ser nada. Y no ser nada es sospechoso. El guardia no sabe qué más preguntar. Su cara va cambiando a medida que hace el esfuerzo de dar con la pregunta siguiente. Parece que está a punto de rendirse pero de pronto su cara se ilumina, apenas.

–¿A qué se dedica su esposo? –me pregunta triunfante.

Mi respuesta no llega enseguida. Saboreo por un rato la situación ambigua de saber que para este guardia que me interroga mientras hago la cola de Air France, que me va a permitir abordar el avión que me lleva a París, donde voy a montarme en el avión que me va a llevar a casa al día siguiente, encontrar una casilla, una etiqueta que me encajone y me ubique es fundamental. Sé que su trabajo consiste en intentar ponerme nerviosa. También sé que sus límites de tolerancia son cerrados. Este no es el único funcionario que va a interrogarme hoy.

Cuando entregue mis maletas y me den mi tarjeta de abordaje –o como se llame en español el *boarding pass*– tendré que hacer la cola para entrar a la zona de tránsito de los pasajeros. Ahí estaré sujeta a los interrogatorios de los funcionarios que revisan el equipaje de mano. Al menos dos de ellos van a mirar mi pasaporte y van a preguntarme hacia dónde me dirijo y a qué me dedico. Mis respuestas, a propósito, van a ser ligeramente diferentes. Descubrí ese juego hace ya varios años. Aburrida de ser interrogada varias veces por distintos policías o guardias malencarados, cada vez que entraba o salía del país, decidí darle a cada uno una respuesta distinta a ver cómo reaccionaban. Cuando me preguntan a dónde se dirige puedo responder a París, a Edimburgo, a Francia, a Escocia, al Reino Unido, si quiero decir una verdad al menos parcial. Pero también puedo responder a Eslovaquia, a Estocolmo, a Estonia, a Estrasburgo, y ninguno nota la diferencia aunque tienen mi *boarding pass* en la mano.

Cuando descubrí que podía decir cualquier cosa empecé a experimentar con las ocupaciones. En cada viaje espero con una especie de emoción contenida la infalible pregunta: ¿a qué se dedica? Dependiendo de la cara del funcionario y de mi ánimo en el momento puedo responder, como en el caso de los destinos finales, con verdades a medias: soy periodista, profesora, traductora o escritora. O puedo inventarme cada vez, en el mismo día y a apenas dos pasos de distan-

cia entre un funcionario y otro, las profesiones más diversas y contradictorias. Cuando me siento arriesgada y con ganas de tentar mi suerte, le digo al primer guardia que soy pintora, al segundo que trabajo en restauración de monumentos antiguos, al tercero que me dedico a hacer cervezas tradicionales en una destilería minúscula en las tierras altas, al cuarto que tengo varios oficios entre los que podría citar la lectura de runas vikingas o la predicción de catástrofes como el tsunami que acaba de arrasarse el norte de Japón.

Cuando llego a este extremo la voz me falla a veces. Y otras veces empiezo a intuir que me viene subiendo desde el estómago un ataque de risa. Entonces me llamo a botón y vuelvo a las profesiones más o menos respetables. Soy profesora, le digo al último funcionario de la cola final. Y paso ese examen sin que ningún gesto inoportuno me delate y sin haber dicho ninguna verdad absoluta, por lo que me siento de lo más orgullosa de mí misma cuando paseo viendo vidrieras por el área de embarque y fantaseo con comprar maletas o libros o zarcillos o ropa. Pero al final siempre termino comprando solamente la prensa y chocolates artesanales para mi marido. Ese marido sobre el que me pregunta el guardia justo ahora.

Miro la cola de embarque moverse adelante. Al menos diez personas que estaban detrás de mí están ahora enfrente, algunos ya han terminado con el trámite de chequearse, han pagado su impuesto de salida y ya estarán tal vez frente al aburrido funcionario de aduanas que les va a sellar el pasaporte con la fecha de hoy, indicando que pueden irse, arrancar, despedirse, alzar vuelo. Pero yo sigo parada frente al guardia que espera mi respuesta, imaginando cuál de mis historias voy a usar esta vez, por puras ganas de incordiar, por ejercer la imaginación y por oponer una forma de resistencia divertida e inútil ante tanto uniforme y tanto remedo de control.

Mientras el guardia mira alrededor por encima de mi hombro me pregunto qué historia contaré cuando los guardias revisen mi maleta llena de libros en la zona de embarque de equipaje. Porque sé que esta vez también me va a tocar bajar con cuatro o cinco pasajeros más, casi todos chinos, todos vestidos con el chaleco amarillo fosforescente que huele a aceite para carros y que nos obligan a ponernos sin derecho a discutir. Nos conducirá otro tipo de funcionario. Un civil, uniformado de azul, parco y aburrido. Casi sin decir una palabra, haciendo gestos a izquierda y derecha para indicar el camino, nos llevará por los pasillos hasta un ascensor y nos bajará hasta la puerta en la que nos van a quitar nuestros pasaportes y nos van a hacer pasar por un nuevo detector de metales. Después saldremos al calor inclemente de Maiquetía a las tres de la tarde.

Caminaremos en fila india por el borde de una callecita angosta por donde van y vienen vehículos de todos los tamaños autorizados para transitar por las

pistas del aeropuerto. Escucharemos sirenas y cornetas, frenazos y señales de advertencia de los camiones que avanzan o retroceden. En medio del barullo oiremos también el ladrido de los perros que escudriñan entre las pilas del equipaje. Entonces sabremos que estamos llegando. Detrás de una mesa portátil tres funcionarios separan algunas maletas de un grupo que ya ha sido olfateado por los perros marrones de pelo corto, labradores tal vez. Preguntan cuál es la suya y piden que se abra. Sacan todo, lo palpan, lo huelen, lo saborean. Hacen preguntas sobre cada cosa. Cuando estoy con ánimo de inventar historias les cuento el destino al que llegarán los libros, que son siempre los objetos más sospechosos que llevo. Unas veces van a parar a remotas bibliotecas públicas tibetanas, a las faldas de los imponentes Himalayas. Otras se quedan modestamente en la British Library o en la Biblioteca Nacional de Escocia.

Pero la mayoría de las veces van a personajes particulares que tienen una historia rebuscada que invento en el momento a partir de recuerdos dispersos que corto y pego, como el ejemplar que le llevé una vez a un escritor ciego que recibía libros de todas partes del mundo y que tenía un ejército de lectores que se los leían en voz alta en una cantidad inverosímil de idiomas que nadie sabía en realidad si él entendía o no. También hubo un libro destinado a un escritor que escribía sus propios textos recortando con unas minúsculas tijeras frases, palabras e incluso sílabas de cientos de libros que le donaban sus aficionados para que reconstruyera las ficciones de otros en una especie de *collage* infinito. Y así.

Veo que el guardia ha llegado al límite de su tiempo de atención y que solo sigue enfrente de mí esperando una respuesta porque no ha encontrado todavía algo mejor que hacer. Tanto él como yo sabemos que cumplimos un ritual inútil. Bailamos la danza de las sillas sin música. Él pregunta, yo respondo, hasta que la música imaginaria se acaba. Pero el intercambio no tiene consecuencias. Vestir uniforme y cargar un arma al hombro le da a él el derecho a interrogarme y a mí me impone la obligación de responder. Porque en este país el poder que no se ejerce pierde prestigio y el poder aquí se viste de uniforme, carga botas y lleva un arma al hombro.

A veces me pregunto si al final de la tarde se sientan todos los guardias, los policías de civil, los funcionarios de aduana, a contarse los hallazgos del día alrededor de un café o unas cervezas heladas. Hoy interrogué a una mujer que se dedicaba a predecir catástrofes, dirá uno. Eso no es nada, dirá otro, a mí me tocó una señora que trabajaba en la restauración de libros antiguos y que estaba reparando un diario de Simón Bolívar que acaban de descubrir enterrado en el Panteón junto con los restos del libertador. Todos hablarán convencidos de que

se trata de distintas gentes. Y tal vez sea así. Tal vez yo no soy la única que ha descubierto esta manera de matar el tiempo en Maiquetía.

–Mi esposo se dedica a contar las estrellas del firmamento –digo con absoluta convicción.

Espero que el guardia ponga cara de sorpresa. Pero no lo veo reaccionar. En realidad no me está mirando, porque acaba de descubrir una presa más apetitosa a unos pasos detrás de mí y ya comienza a salivar con emoción anticipada. Cierra mi pasaporte con un gesto definitivo y me lo devuelve sin decir nada. Me quedo a propósito delante de él, bloqueándole el paso hacia su próxima víctima. Trata de avanzar y descubre con furia que sigo ahí.

–¿Me puedo ir? –le digo en mi mejor tono de inocencia.

–Circule –me dice el guardia, despachándome con un gesto de impaciencia.

Abril, 2011

Estación de ruegos

Nos refugiamos en la estación una hora antes de que saliera el tren. Hacía un frío odioso afuera. Pedimos café y té con leche. Alcanzamos a sentarnos en la única mesa que quedaba libre y, sin quitarnos los abrigos, nos instalamos a calentarnos las manos con los vasos de cartón hirviendo. La estación reverberaba con un ruido animal y por la claraboya inmensa que coronaba el techo apenas se notaba el último rayo de sol invernal, aunque no eran todavía las tres de la tarde. Gente con maletas iba y venía como si el mundo estuviera a punto de terminar y fuera necesario salir corriendo sin perder un minuto.

Cruzamos un par de frases y luego escuchamos su voz y los dos nos miramos haciendo la señal de costumbre. Nos gustaba cazar conversaciones ajenas, sobre todo si eran pronunciadas en nuestro idioma y en un acento conocido. Entre Eli y yo sumábamos casi una docena de idiomas, si no bien hablados, al menos bien entendidos. Habíamos rodado por el mundo por más de veinte años, encontrándonos al menos una vez cada seis meses para compartir unos días y separarnos de nuevo. Era nuestro modo de permanecer juntos, porque nada reemplaza esos momentos en que te sientas en un café a calentarte las manos con un líquido humeante, mientras esperas que salga tu tren, y ya no tienes nada más que decir.

En nuestro largo vagabundear habíamos perfeccionado este entretenimiento que recogía historias por el camino, porque siempre llega el punto en el que los cuentos propios se acaban. Y era, además, lo que nos permitía disfrutar del espectáculo del mundo, que se entendía mejor si llevaba como banda sonora las

conversaciones de los extraños que encontrábamos al azar. La primera parte del juego consistía en adivinar de dónde eran los que conversaban. Reconocíamos incluso algunos acentos regionales y el reto siempre era refinar cada vez más la búsqueda. Pero cuando se trataba de gente que hablaba nuestro idioma nos poníamos incluso pedantes.

–¿Caraqueños? –preguntó Eli sin hablar, solo moviendo exageradamente los labios.

Negué con la cabeza y me recosté sobre el espaldar de la silla helada, acercándome más al lugar de donde venía la voz. El hombre estaba detrás de mí y yo no podía voltear a mirarlo directamente de manera discreta. Eli sí podía verlo, pero lo escuchaba apenas. Si queríamos armar la escena completa teníamos que juntar lo que yo escuchaba con lo que Eli veía. No era la primera vez. Teníamos ya una serie de señales conocidas y cada vez descubríamos nuevas maneras de encontrarle sentido a los cuentos que armábamos a partir de esos retazos de historias encontradas.

–Necesito que me expliques. No te puedes ir sin decirme por qué. Sin explicarme lo que te está pasando –decía el hombre, un muchacho tal vez, porque su voz tenía esa cadencia indecisa de los que no han salido del todo de la adolescencia, sin importar mucho qué edad tengan.

–Colombianos –dije en un susurro. Y para darme aires agregué–, de Medellín.

Eli hizo una señal de suficiencia, burlándose de mi exceso de precisión. Un segundo más tarde cambió de expresión y su cara se volvió tristísima. Me pareció ver en su gesto una pizca de solidaridad o reconocimiento. Después hizo bajar el índice desde el ojo hasta la esquina de la boca para indicar que el tipo lloraba. No pude resistir voltear, como quien busca a alguien o mira sobre el hombro la pantalla de los trenes que están por salir. Le vi apenas el perfil, pero fue suficiente para ponerle piel a la voz que seguía hablando en un tono de letanía que más parecía un rezo.

–Viniste para acá a verme. Te gastaste todo ese dinero. Y yo pensaba que habías venido a decirme que te quedabas conmigo, que habías decidido que era yo. Que yo era el que te hacía feliz y no él. Me tienes que decir por qué lo prefieres a él. Por qué prefieres irte y no quedarte. Me tienes que decir si valió la pena venir, si te alegraste de verme...

Le hice a Eli una señal con tres dedos para indicarle que el asunto era complicado. Eli me respondió con un gesto que simulaba un dolor intenso. El joven decía siempre lo mismo de maneras distintas. Pero su persistencia, su terquedad, la vehemencia con la que pedía explicaciones y parecía preguntarse y responderse

al mismo tiempo me hicieron pensar que la persona con la que hablaba ya había dicho todo lo que tenía que decir. Escuché atenta por más de cinco minutos y no pude oír ni una sola respuesta. Le hice señas a Eli para que me dijera si podía ver a la otra persona. Me dijo que sí, puso varias caras que podían significar tristeza o indiferencia o estar escuchando con atención. No supe descifrarlo.

–Es una niña –me explicó, impaciente, sin cuidarse mucho de bajar la voz.

El ruego siguió con algunas variaciones por un rato. Por más que miré por encima del hombro un par de veces no pude ver a la oyente silenciosa. Necesitaba ver su cara para entender el drama y no había ningún gesto, ninguna descripción a media voz que Eli pudiera hacer para que yo lograra imaginar la expresión, el estado de ánimo de quien recibía aquella larga súplica. Sin embargo, podía imaginar con claridad su pensamiento dándole vueltas a una sola y simple idea, que se resumía en un par de frases contundentes: No eres tú. No es contigo.

–Yo te he querido desde que puse por primera vez mis ojos en ti. Nunca te he ocultado mis sentimientos. Desde el principio fui muy claro contigo y te dije, como te repito ahora, que te iba a esperar hasta que tomaras una decisión. Te esperé. Te esperé sin pedirte nada a cambio. Por eso te invité a venir aquí, para que vieras cómo vivo, para que pudieras imaginarte tu vida aquí conmigo, lejos de todo eso que te atormenta. Pero si esto no te gusta, si quieres regresar, tienes que explicarme por qué. No te puedes ir sin decirme por qué. Sin explicarme lo que te pasa...

Y así volvía a empezar todo de nuevo, como un rosario de quejas que sonaba más bien a un listado de promesas incumplidas. Hice un gesto circular con el dedo para que Eli entendiera que no había nada nuevo. El hombre hablaba como si tratara de comunicarse con un dios sordo, al mismo tiempo dueño de su destino y culpable de su suerte. La súplica, que repetía sin pausa, parecía un reclamo hecho con la desesperación de quien ruega por su vida, de quien pide clemencia y se arrodilla. El silencio que se negaba a dar respuesta a ese ruego sin esperanzas nos partía el alma. Nos miramos haciendo memoria y a los dos se nos aguaron los ojos.

Nuestro tren salía en diez minutos y yo tenía que ir al baño desde hacía horas. Le dije por señas a Eli que estuviera pendiente de todos los detalles para que me contara después. Por más que me apuré no pude evitar hacer una cola de cinco o seis minutos. Llegué del baño corriendo, porque nuestro tren estaba por irse y al volver a la mesa en la que había dejado a Eli vi que se levantaba sin esperar a que yo llegara. Me indicó que hiciera un rodeo para que pudiéramos pasar los dos frente a la pareja que seguía decidiendo su destino en aquel lugar de paso, en el que todo el mundo se estaba yendo para otra parte.

Nos reunimos casi delante de la pareja y los vimos en la misma postura que tal vez habían mantenido por horas. Estaban sentados en un banco que le daba la espalda a las mesas del café. Él miraba hacia el frente y hablaba volteando solo de vez en cuando, como para constatar que ella seguía ahí. Ella estaba ligeramente inclinada hacia él, pero lo escuchaba sin levantar la vista. Jugueteaba con las hebillas del morral, con los flecos de la bufanda, con cualquier cosa que pudiera manosear para distraerse. Se balanceaba ligeramente sobre sí misma y parecía tener un solo pensamiento entre ceja y ceja. Al verla entendí que era cierto, que ella ya había dicho su última palabra y que todo lo demás sobraba. Entre ese momento y su partida definitiva solo quedaban unos minutos, no muchos ya, llenos de palabras inútiles.

Una hora después, subidos al tren que nos dejaría en la ciudad en la que íbamos a separarnos una vez más, seguíamos comparando nuestras impresiones de la pareja de colombianos que se estaba despidiendo para siempre. Porque la parte más interesante del juego estaba en realidad al final. Armábamos y rearmábamos la historia muchas veces. Esta vez, ninguna de las versiones tuvo un final feliz. Sabíamos muy bien a qué se enfrentaban. Habíamos sufrido el mal de las despedidas, el dolor de los amores contrariados, la angustia de los rezos inútiles ante el altar del dios de los destinos inflexibles. Hace más de veinte años, nosotros también habíamos llorado al despedirnos para siempre en una estación no muy distinta a la que acabábamos de dejar atrás.

Diciembre, 2011